

Censura, libertad y disenso

Pensaba hablar con Sábato de su obra, de sus recientes viajes. Pero tuve que seguir otro itinerario. Sábato estaba preocupado. Tenía en su mente otros temas. De alguna manera estaban relacionados con la literatura, pero iban más allá de ella. Abarcaban al hombre en su totalidad.

Sábato para ser fiel a su concepto de hombre alza de vez en cuando la voz para iluminar el camino.

Escuchemos sus inquietudes y sus propuestas.

La Censura

—Ernesto, hoy pareces preocupado.

—Sí, estoy sumamente preocupado por un problema que hace a la literatura pero que también hace al pensamiento y a la vida de la Nación: la censura.

—¿Te refieres a la censura de ciertos libros?

—Sí, Hace bastante tiempo se prohibieron algunos libros de filosofía como uno de Henri Lefebvre, por ejemplo. Y ahora, últimamente, una obra de Alvaro Yunque y otra de Vargas Llosa. Después

hablan de "imagen en el exterior", como si no fuera el propio Gobierno que suministra excelentes materiales para esa imagen... Pero no es la imagen lo que a mí me preocupa sino los hechos mismos. El Gobierno viene repitiendo que hay que reconstruir el país sobre la base del pluralismo, el diálogo y el disenso. Magníficas palabras, lástima que al mismo tiempo los hechos digan exactamente lo contrario.

—A propósito, últimamente se ha hablado mucho aquí de ciertos problemas con la matemática moderna. ¿Qué hay de eso? Te pregunto, porque tú en tu tiempo, estudiaste física. (Sábato se ríe.)

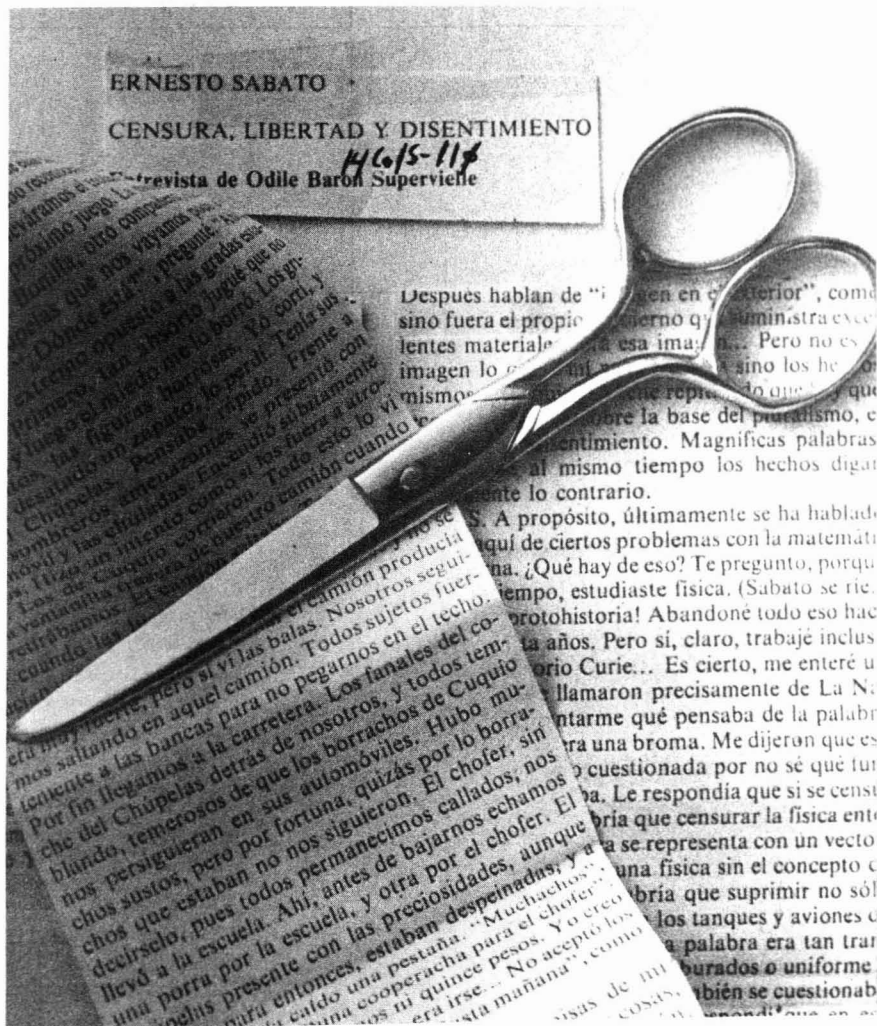
—¡Es protohistoria! Abandoné todo eso hace más de treinta años. Pero sí, claro, trabajé incluso en el Laboratorio Curie... Es cierto, me enteré un día cuando me llamaron precisamente de *La Nación* para preguntarme qué pensaba de la palabra vector. Creí que era una broma. Me dijeron que esa palabra había sido cuestionada por no sé qué funcionario de Córdoba. Le respondí que si se censuraba esa palabra habría que censurar la física entera, porque toda fuerza se representa con un vector. A menos que se haga una física sin el concepto de fuerza, en cuyo caso habría que suprimir no sólo los tractores sino también los tanques y aviones de guerra. Le expliqué que esa palabra era tan tranquilamente técnica como carburados o uniforme o crema dental. Me dijo que también se cuestionaba la matemática moderna. Le respondí que en ese caso deberíamos volver a un ejército de lanzas y sables, ya que toda la técnica moderna se basa en la matemática superior. Empezando por la energía atómica, que supone la teoría de Einstein, que supone el cálculo diferencial absoluto. Así que ese censor cordobés debería proponer la destrucción de Atucha, para comenzar su apocalipsis privado. Pero hablemos en serio, hablemos de objeciones serias, no de locuras.

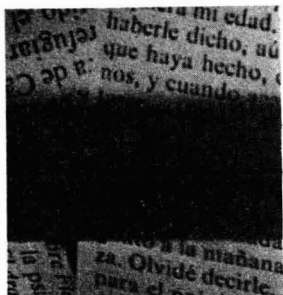
—¿Crees que en algunos casos la censura es necesaria?

—No pertenezco a esa raza demagógica que está por principio contra cualquier clase de censura. Para comenzar, todos la ejercemos en nuestra propia casa, mediante nuestra autoridad moral e intelectual, cuando con tacto y con cariño impedimos que un hijo pequeño trabaje cierta clase de amistad con un grande, o cuando tratamos de que no lea un libro para el que todavía no está suficientemente maduro.

—Bueno, pero en la sociedad, ¿quién tiene que ejercer la censura?

—El verdadero problema se plantea cuando el Estado lo hace en la vida comunitaria con procedimientos que no son los de las leyes y la justicia. Porque si esa tarea es infinitamente arriesgada cuando se la ejerce con tales recaudos, aun así se han cometido errores como, por ejemplo, el de prohibir *Las flores del mal*... podemos imaginar lo que puede llegar a suceder en un país despótico.





—También *Madame Bovary*, considerada hoy como un modelo de novela, tuvo problemas con la censura.

—En un régimen democrático un juez puede equivocarse, y es frecuente que lo haga, dada la condición falible del hombre; pero en tales casos el dañado tiene la posibilidad de recurrir a tribunales superiores, que corrigen los errores cometidos, como efectivamente sucedió cuando la obra de Baudelaire fue estúpidamente prohibida. Pero ¿quién defiende a los acusados en esos regímenes despóticos? ¿Qué podemos esperar de esos personajes kafkianos designados por un poder autoritario? Acuérdate en la Alemania hitlerista. No fueron ya censores más o menos ocultos, sino hordas enloquecidas las que quemaron millares de libros de los más altos creadores de la literatura y del pensamiento universal. ¿Quién podía impedir que esas hordas consumasen su horrendo crimen, cuando estaban apoyadas por la policía de un estado totalitario? Esas bandas no actuaban, por lo demás, al solo impulso de sus instintos depravados. Eran estimuladas, aplaudidas y justificadas por los ideólogos de la barbarie. Recordemos al doctor Ernst Krieck, profesor de filosofía y pedagogía en la universidad de Heidelberg, autor de una "concepción obligatoria del mundo" en que se reemplaza el diálogo socrático por el *Ausrichtung* o adiestramiento que traslada al pensamiento los métodos del cuartel. El mariscal Goering profirió alguna vez: "Cuando oigo la palabra cultura saco el revólver." Se podrá decir lo que se quiera contra este aforismo, pero no se le puede negar, aparte de su concisión clásica, una rigurosa consecuencia mental: al fin de cuentas Goering no era profesor de filosofía sino un profesional de la barbarie. Cuánto más abominable nos resulta, en cambio, ese doctor Krieck que justifica la destrucción de las más altas creaciones del espíritu mediante una teoría. O aquel otro doctor E.H. Jaensch, profesor de filosofía en la universidad de Marburgo (Sábado se levanta, busca un libro en la biblioteca, lo hojea y encuentra la cita). Mira lo que dice: "Es lamentable que nosotros los profesores no hayamos podido tomar parte en las refriegas en que, antes de la toma del poder, los muchachos de camisa parda abrían con sus mediolitos las cabezas de socialistas, demócratas y judíos."

—En la Rusia del tiempo de Stalin, pasaba lo mismo.

—Con siniestra simetría, en la Rusia staliniana la prohibición de Kafka y de Picasso era recomendada por los teóricos de la dictadura. Espera (Sábado vuelve a dirigirse a la biblioteca y me muestra una revista). En el primer número de esta revista, *Literatura Soviética*, el crítico Kemenov enjuicia al arte "burgués" como un triunfo del misticismo, la subconciencia y la paranoia, agregando: "Pasarán los años y las generaciones venideras que, al estudiar la historia de la cultura en la época del imperialismo, tengan que trabar conocimiento con la obra de Pi-

casso y Sartre, de Henry Moore, Joan Miró y otros por el estilo, invitarán a un psiquiatra y no a un crítico de arte para que sistematice su producción. Pero hoy, para vergüenza de la humanidad son aceptadas como grandes manifestaciones estas obras degeneradas de la pintura y la escultura. El arte soviético se desarrolla por el camino del realismo socialista, genialmente definido por J. Stalin. Y ha sido este camino el que ha permitido a los artistas soviéticos crear un arte avanzado, íntegro, socialista por su contenido y nacional por su forma en la grandiosa época stalinista." El arte supremo al que se refiere el académico Kemenov es el de esos gigantescos cromos baratos que en los países "decadentes" se reservan para los almanaques. Quien haya tenido ocasión de ver una de esas telas de varios metros cuadrados en que desde un caballo blanco Stalin dirige una batalla en que nunca participó, puede comprender a qué extremos de obsesividad y de pompierismo se puede llegar en un país totalitario. Además conviene recordar que la lógica matemática también fue prohibida en el mismo periodo stalinista, lo que produjo un retardo enorme en el desarrollo de las computadoras.

—¿Qué otros campos abarca la censura en esa clase de regímenes?

—Lo sorprendente es que se extiende a aquellos dominios donde rige ese tipo de verdad que por su esencia misma es ajena a cualquier valoración ideológica: el teorema de Pitágoras vale tanto para un "putrefacto" país occidental como para una impecable sociedad soviética, y sería asombroso que se lo impugnase por las opiniones políticas de su autor. Sin embargo, así se hizo en la Alemania nazi donde se impugnó la teoría de Einstein como típica manifestación de la mentalidad judaica. Y así sucedió en la Rusia comunista cuando se proscribió la genética "burguesa", como si los genes pudieran responder a los intereses de Wall Street. El profesor Zhebrak fue denunciado por *Pravda* (palabra que significa "verdad") por haber declarado a la revista *Science* que muchos genetistas rusos apoyaban la doctrina mendeliana. Con ansiosa urgencia, la Academia de Ciencias Agrarias Lenin envió la siguiente carta a Stalin: "Ud., querido Jefe y Maestro, ha ayudado a los sabios soviéticos a desarrollar nuestra avanzada ciencia materialista, que sirve al pueblo en todos sus trabajos y conquistas, una ciencia que expresa los ideales y los elevados propósitos del hombre en la nueva sociedad socialista." Al mismo tiempo, la Academia expulsó al fisiólogo Orbelli y al morfológico Schmalgauzen, liquidó el laboratorio de citogenética y ordenó reescribir todos los textos de biología sobre la base de la doctrina oficial, doctrina que respondía a los postulados del materialismo dialéctico, pero que tenía un pequeño defecto: era científicamente falsa. En uno y otro extremo se mostró a dónde puede conducir una ideología, dándole a esta palabra el sentido que varios filósofos le confirieron en el si-



glo pasado, entre ellos el propio Marx: un sistema de ideas que, bajo la apariencia de verdad absoluta, es en rigor un conjunto de relatividades que sirvan a un estado, a una clase dominante, a una secta. Frente a tales funestos simulacros de la verdad, sólo puede reivindicarse la libertad del hombre para pensar y crear.

La universidad

—*Apartándonos de esas dos ideologías totalmente negativas para el desarrollo del hombre, ¿cómo tendría que ser la universidad?*

—La Universidad —así, con mayúscula— debería ser el lugar en que los maestros y los discípulos, humilde pero tenazmente, luchan por acrecentar esa cultura que nace de la libertad y engendra más libertad. Un lugar en que, con sentido crítico pero con reverencia, pueda aprenderse y enseñarse el pensamiento de los filósofos más opuestos: racionalistas e irracionalistas, liberales y conservadores, ateos y creyentes, partidarios del socialismo y defensores del capitalismo. Si ese postulado esencial

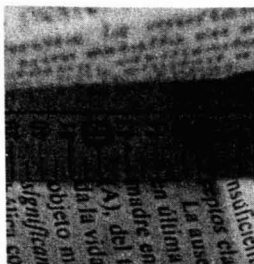
no se cumple, esas instituciones podrán ser cualquier cosa —y en nuestro desventurado país así lo fue, en manos de dogmatismos inversos—, pero jamás será lo que honrada y exactamente puede y debe llamarse Universidad.

—*Volviendo a los libros que nombraste y que fueron prohibidos, aducen que fomentan la subversión y el terrorismo.*

—Nos dicen que el país tiene el derecho y el deber de combatir a los que pretenden imponernos ideas extrañas a nuestro ser nacional, y en ese punto los más moderados nos hablan de impedir que aquí prosperen las ideologías totalitarias, sean de derecha o de izquierda. Otros, menos impetuosos, nos hablan en tales ocasiones del comunismo, callando todo lo que se refiere al totalitarismo inverso y no sólo callándolo de manera pasiva, sino, en los hechos, considerando que las fuerzas de las derechas son el único remedio para el avance de ese comunismo.

—*Habría que definir lo que es para muchos el comunismo ¿no?*

—Claro, porque en el momento en que se pide



que se defina a qué llaman comunismo, comienza el más delirante conjunto de falacias y sofismas. Porque aquí los cazadores de brujas califican de comunistas o de ideólogos del terrorismo a cualquiera que preconice la justicia social o apoye el combate de los pueblos esclavizados contra el colonialismo y hasta cualquiera que lea o murmure palabras como estructuralismo.

—Sí; además hay alguna gente que no parece estar enterada de que, por ejemplo, el grupo Tel-Quel, así como Maurice Clavel, los Nuevos Filósofos, han cambiado completamente sus ideas sobre el marxismo.

—Me pregunto también si algunos fragmentos de las grandes encíclicas sociales de la Iglesia no resultarían incriminadas por estos censores, de no saber por quién están firmadas. Y aun sabiéndolo. ¿No me dijo una señora católica al oído como quien me transmite un secreto abominable, que Juan XXIII era comunista? ¿Lo conoces a Alvaro Yunque? Es un hombre nobilísimo, una suerte de anarquista tolstoiano. Ignoro qué le pueden haber incriminado, pero la sola idea de que un chico vaya, pongamos, a secuestrar a un gerente después de leer a Yunque me produce risa. Dentro de este cuadro no puede asombrar que se haya prohibido también una obra de Henri Lefebvre titulada, monstruosamente, *Lógica formal y lógica dialéctica*.

—Para algunos, la palabra dialéctica hay que ponerla entre comillas.

—Es cierto; convengamos en que en la Argentina ya la sola palabra dialéctica es un estigma satánico que revela la existencia del Mal. Motivo por el cual estos censores deberían prohibir ya mismo al filósofo del que sale Marx y el propio Lefebvre: al filósofo oficial del absoluto Estado prusiano, al profesor G.W.F. Hegel. Lo que a su vez plantearía uno de aquellos problemas bizantinos del género de en qué momento, con qué grano comienza a hacerse un montón. Porque de extirpar a Hegel, ya que él no salió de la nada y ya que, por prolongación o disenso, surgió de otros pensadores que lo precedieron, habría que extirpar a Emmanuel Kant, porque en el estudio de las categorías pensaba mediante oposiciones, como Heráclito, y por medio de síntesis cada vez más abarcadoras, como Platón. Alguno saldrá diciendo que Kant era un enemigo de la dialéctica, pero ya se sabe de cuánta artimaña se vale un endemoniado para escapar a la investigación de sus estigmas.

—Por cierto los ejemplos no faltan.

—Prosigamos la investigación policial hacia atrás. Ya fueron mencionados Platón y Heráclito y por las dudas conviene prohibir sus obras preventivamente. Por lo demás, y si hemos de atender a Whitehead, toda la filosofía occidental (incluyendo a Henri Lefebvre) es un poco más que notas al pie de los diálogos platónicos. No debería olvidarse tampoco a los laterales y parientes, por las dudas: a Zenón de Elea, que, con sus ideas contra los pita-

góricos, contribuyó al desarrollo del método dialéctico; a Proclo y a Plotino, que en cierto modo buscan el sentido positivo de la dialéctica después de los ataques que le hiciera Aristóteles (lo que de paso prueba el peligro de los propios enemigos, que con sus diatribas pueden reavivar el encanto de los acusados), y a una buena parte de los estoicos. Para no hablar de los sucesores de Hegel, que es como decir de toda la filosofía contemporánea, puesto que de él, de una forma o de otra, salieron el marxismo, el existencialismo, la fenomenología y hasta el psicoanálisis; muchos de los cuales no eran comunistas ni partidarios del terrorismo: bastaría citar al teólogo danés Soren Kierkegaard.

—Entonces no quedaría nadie exento de alguna sospecha.

—Es precisamente la característica de toda caza de brujas, que es infinita e ilimitada. Motivo por el cual no sólo caen los endemoniados, sino sus parientes, antepasados y hasta los que figuran simplemente en sus libretas de direcciones. Una escalinata tan bizantina y peligrosa como la anterior habría que descender si, con rigor, se pretende hablar de fundamentos cristianos, olvidando todo lo que esos fundamentos presuponen, empezando por la Biblia judaica y los mandamientos recibidos por Moisés, nombre que es un hueso duro de roer dado el secreto o abierto antisemitismo de mucha gente de aquí. Pero además de la Biblia y los mandamientos, el cristianismo fue fundado y propagado por doce judíos heréticos, lo que de paso revela las virtudes muy a menudo fértiles y positivas del disenso. Si a esos fundadores agregamos los nombres de griegos y africanos como Platón, Aristóteles, Plotino, Orígenes Tertuliano y Agustín, y de italianos como Tomás, podemos preguntarnos qué quedaría de nuestros valores nacionales sin esa ilustre multitud de extranjeros. Sin contar que nuestra Constitución de 1853 manda respetar todos los credos, sean mahometanos o judíos, budistas o brahmánicos.

—Agregaría que también lo acaba de declarar el Papa Juan Pablo II.

—Además de los credos, la Constitución manda respetar toda clase de ideas, incluyendo la de los masones, no sólo porque nuestra ley fundamental así lo manda, sino porque buena parte de nuestros fundadores pertenecieron a una u otra masonería. Tampoco se nos puede argüir que de lo que se trata es de impedir que ideologías foráneas traten de destruir la nación, porque en tal caso hay que recordarles que nuestra libertad fue imaginada y finalmente alcanzada por intelectuales que se basaron en tres revoluciones extranjeras: la inglesa, la norteamericana y la francesa. Y que esos intelectuales no sólo estudiaron esas ideas sino que tradujeron, elogiaron y difundieron las obras que las inspiraron, hasta tal punto que un periodista que, aunque napolitano (lo que prueba también que los extranjeros pueden ser nacionalistas argentinos) estaba al

servicio de don Juan Manuel de Rosas, acusó de "anarquistas" y de "comunistas" a emigrados como Alberdi y Sarmiento, con un odio tal, que de haber tenido alcance policial sobre ellos, nos quedamos sin nación.

La creación artística

—Ernesto, quisiera ahora que me dijeras cuál es el papel que cumple la creación artística en lo que se refiere al disencimiento.

—La creación artística es un complejísimo testimonio de su tiempo, por momentos tan ambiguo y oscuro como los sueños y los mitos, con frecuencia terrible, pero siempre constructiva en el más paradójico de los sentidos. La historia de la literatura está colmada de incestos, adulterios y traiciones, parricidios, matricidios e injurias contra las instituciones básicas de la sociedad. Bastaría pensar en los dramas de Shakespeare. Y sin embargo, pero en rigor por eso mismo, los trágicos helénicos fueron llamados por Karl Jaspers "educadores de su pue-

blo". Las Furias no pueden ser ignoradas, y mucho menos pueden ser vilmente rechazadas: se las acepta, integrándolas en la dialéctica de la condición humana, o se paga el sangriento tributo que ha pagado la sociedad cada vez que intentó suprimirlas. En virtud de aquella enentidromía de Heráclito, mientras más extremadamente se ha intentado racionalizar al hombre, más brutalmente reaccionaron las potencias oscuras. Cuando la Ilustración creyó haber echado a los demonios para siempre, entraron por la ventana, y en pleno auge de la Razon (y lo que es más paradójicamente grotesco, en nombre de ella), se suprimió a centenares de miles de ciudadanos, entre ellos a muchos de sus más entusiastas partidarios; y en nuestro propio siglo, el estallido más furioso de esas potencias se produjo en el país que más premios Nobel había conquistado en ciencias y filosofía. Se olvida cada vez que no debemos pretender demasiado al ángel si no queremos encontrar la bestia.

—En esta civilización esencialmente materialista, ¿qué haríamos sin los creadores de ficciones?

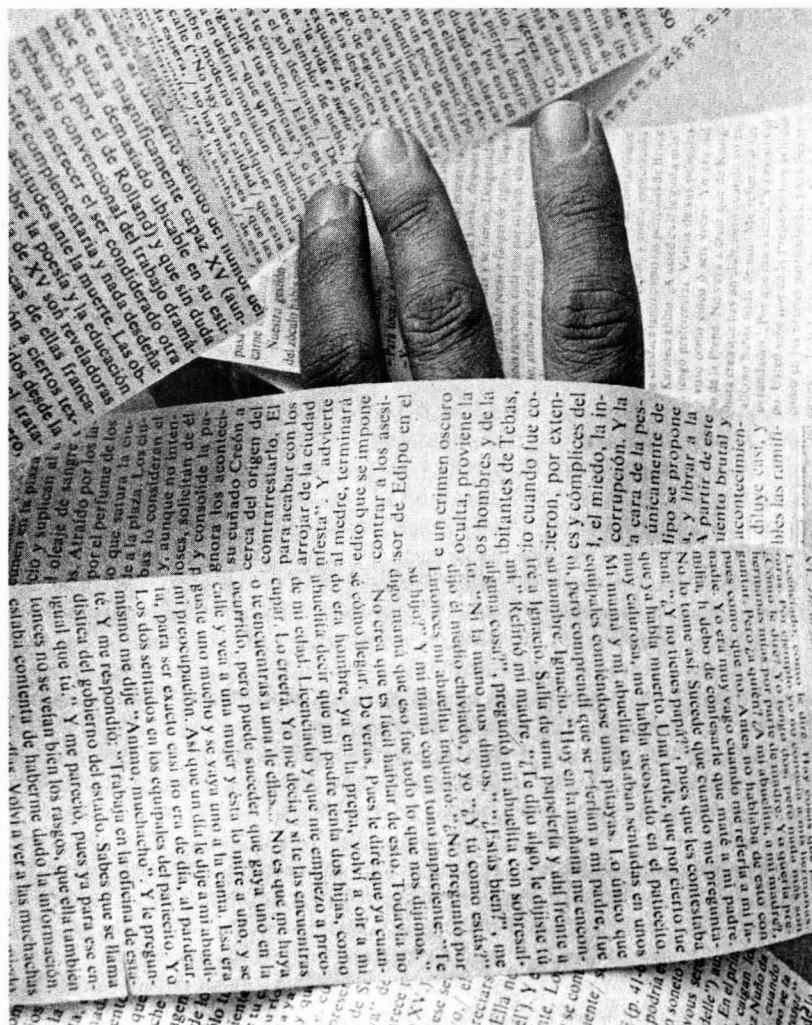
—Por supuesto, en una civilización que nos ha despojado de todas las antiguas y sagradas manifestaciones del inconsciente, en una cultura sin mitos y sin misterios, sólo queda para el hombre de la calle la modesta descarga de sus sueños, o la catarsis a través de las ficciones de esos seres que están condenados a soñar por la comunidad entera. La obra de estos creadores es una forma mitológica de mostrarnos una verdad sobre el cielo y el infierno. No nos dan una prueba ni nos demuestran una tesis, no hacen propaganda por un partido o por una iglesia: nos ofrecen una significación. Una significación que, a la inversa de aquellas tesis tranquilizantes y edificantes que suelen ser el tema preferido de los fabricantes de teatro en los países absolutistas, la Rusia soviética, por ejemplo, con obras como *El triunfo de la tractorista*, tiene por objeto despertarnos y sacudirnos de ese sueño en que, según John Donne, parece transcurrir el viaje que nos lleva de la cuna a la sepultura, para enfrentarnos con nuestro duro, trágico pero noble destino de animal metafísico. ¿Puede haber una misión más alta para la literatura?

—¿Un creador de ficciones tiene que ser necesariamente un rebelde?

—Por supuesto, si es grande, si no practica esa fabricación de bestsellers de temporada que hoy reemplaza en su mayor parte a aquella misión sagrada que recuerda Jaspers en los trágicos griegos, es un delegado de las Furias aun sin saberlo, y por supuesto sin quererlo.

—¿Es saludable para una nación aceptarlo como tal?

—Pobres de las naciones que olvidan o ignoran este sagrado derecho a la rebelión de sus grandes creadores. Si la madurez de un hombre comienza cuando por primera vez advierte sus limitaciones y se avergüenza de sus defectos, la madurez de una





nación empieza cuando sus mejores hijos comprueban que las infinitas perfecciones con que en su infancia la creían dotada no son tales, y que, como otras naciones, como todas las naciones, sus virtudes están inexorablemente unidas a sus defectos. De este modo las mejores patrias, las que han dicho algo al mundo, han sido vilipendiadas por sus escritores, con el corazón desgarrado y sangrante: así Holderlin y Nietzsche y Thomas Mann, en Alemania; así Dante, en Italia; así Stendhal, Baudelaire, Rimbaud, Bernanos, en Francia; así aquel noble espíritu de Pushkin que, después de escuchar riéndose las cómicas historias que le leía Gogol, con lágrimas en los ojos, exclamó: “¡Qué triste es Rusia!”

—Son ejemplos de la vieja Europa y podría pensarse que un continente que ha aportado tanto a la civilización puede darse el lujo de autocriticarse, y podría decirse que es un lujo que puede darse ella y no nosotros, que somos un país joven y para el cual la crítica excesiva podría ser dañina.

—Sí, podría argumentarse eso y muchas veces se lo argumenta, olvidando que los Estados Unidos son un país tan joven como nosotros y sin embargo su autocritica es feroz. Si los Estados Unidos dejaron de ser un jactancioso adolescente fue porque sus mejores espíritus tuvieron el coraje de escrutar los bajos fondos de su alma y exponerlos a la vergüenza pública en sus novelas, en su teatro, en su cine. Es muy frecuente, en nuestros países latinoamericanos —tan propensos a gobiernos despóticos— criticar el famoso materialismo yanqui, mientras nos envanecemos de nuestra presunta inclinación a los valores espirituales. Pero, aparte de que es ya de dudoso valor espiritual ese autoelogio, lo cierto es que somos incapaces de esa fortaleza que supone la admisión de graves defectos y esa capacidad para exponerlos a la luz del día. Pocas veces nos inclinamos a reconocerle a los Estados Unidos uno de los más grandes valores espirituales, que en la práctica nosotros por lo general desconocemos y hasta prohibimos: la capacidad de autocritica y el insobornable derecho al disenso. Como todo gran imperio, ha cometido innumerables tropelías a lo largo y a lo ancho del mundo. Pero nadie ha dicho palabras tan duras contra los Estados Unidos como sus propios hijos; y en particular, ya que me estoy refiriendo a la literatura, en pocas partes se han escrito y filmado obras tan feroces contra sus propios políticos, policías, militares, gobernadores, presidentes de la República y hasta jueces de la Suprema Corte. Y jamás el Estado ha prohibido ni una sola de esas obras. Porque reconoce que esas obras son edificantes en el mejor sentido de la palabra, y porque una democracia se caracteriza por permitir la publicación de sus defectos. Motivo por el cual los distraídos creen que las democracias son los únicos regímenes corrompidos, cuando lo que sucede es que en los otros sistemas nadie puede denunciar la corrupción, que es más grande, más profunda y más degradante, si hemos de atender al fa-

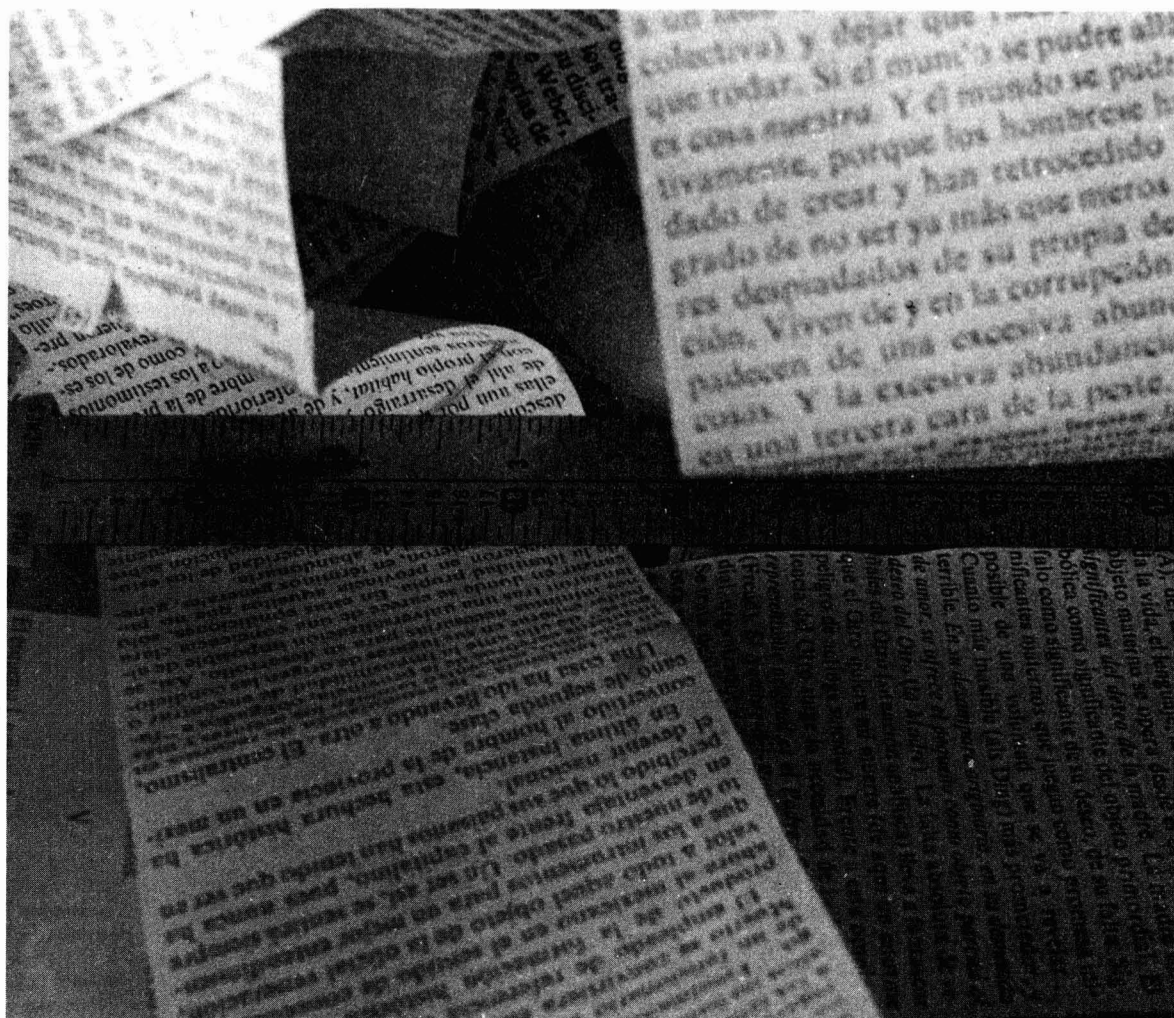
moso aforismo de lord Acton. Porque si el poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente. Y esto sí debería ser enseñado en las escuelas, como en mis buenos tiempos de estudiante se nos hacía aprender aquello que se llamaba Instrucción Cívica para advertencia de las nuevas generaciones, tan propensas siempre, cuando empiezan a sentir el olor de la podredumbre, a “cortar por lo sano”, añorando o apelando al terror y al poder dictatorial, imaginando que así puede instaurarse ese reinado de lo Absoluto que sueña en medio de la putrefacta relatividad de los seres humanos. Inclinación de los muchachos, casi siempre idealistas, que perversamente usufructúan los cerebros de uno y otro totalitarismo.

De esta forma, y con la excepción de los esplendidos periodos de libertad republicana, aquí las denuncias contra ciertas personas son consideradas como delitos contra la nación y sus instituciones, confundiendo sofística, o por lo menos falazmente, esa nación y esas instituciones con los carnales, falibles y muchas veces corrompidos ciudadanos que circunstancialmente las usufructúan.

Los verdaderos fundamentos de nuestra nacionalidad

—Ernesto, ¿cuáles son para ti los verdaderos fundamentos de nuestra nacionalidad?

—Puede argumentarse que extraigo conclusiones aventuradas de fundamentos indiscutibles de nuestra nacionalidad. Pero precisamente estoy probando que los fundamentos que estos censores invocan son a menudo hartos discutibles y en ocasiones peligrosamente estrechos para el destino de esa patria republicana que soñaron (y el verbo es la metáfora exacta) aquellos próceres intrépidos, hondos, visionarios y prudentes. Porque los reales fundamentos de nuestra nacionalidad son aquellos que hombres como Alberdi, lograron imponer para nuestra ley fundamental; los principios que sabia y generosamente instauraron la libertad sagrada del hombre, esa libertad que únicamente está limitada por la responsabilidad y por el respeto a la misma comunidad que la asegura; según las restricciones de leyes probadas por la dramática historia del hombre, y cuyo respeto vigila esa justicia independiente que asegura el derecho al disenso. Esto y únicamente esto es lo que deberían tener como patrón nuestros censores: la necesidad de preservar la Nación de cualquier régimen autocrático y de cualquier género de totalitarismo, sea del signo que fuere. Pero ¿de qué censores estamos hablando si es la justicia independiente la que debe ejercerla? Y si el terrorismo totalitario quiere echar abajo estas nobles instituciones tal como salvajemente están ahora intentándolo en España e Italia, habrá que encontrar la forma de actualizar nuestras leyes para que los enemigos de la República no puedan derribarla aprovechándose de su benignidad y su inoperancia. Sólo con estas armas hay que combatir el



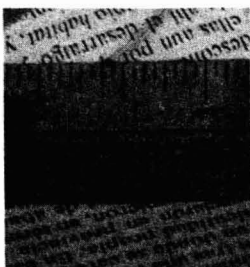
terrorismo, además claro, de asegurar la justicia para los desheredados y el desarrollo material que permita instaurarla. Porque sin ello tampoco hay en nuestro tiempo una auténtica libertad.

Libertad y disenso

—¿Cómo ves esa libertad tan esencial para que el hombre tome su verdadera dimensión?

—Ya no se puede dudar, después de terribles experiencias: el fin no justifica los medios, y es trágicamente ilusorio perseguir fines nobilísimos con medios innobles. Así, la primera condición para cualquier nación digna ha de ser el respeto de la persona, lo que supone en primer término su libertad. Nos dirán algunos que en las democracias occidentales sólo existe para los exploradores. Lo que es en parte cierto, pero considerablemente sofisticado, pues ha sido en sus universidades donde surgieron las grandes doctrinas redentoras del hombre explotado, mientras que en los países totalitarios no existe ni esa libertad de enseñar y aprender ni la otra, la de los obreros que deben trabajar como si-

lenciosas hormigas, con la promesa de que llegará un día en que el Superestado se va a disolver por sí solo para inaugurar la libertad íntegra e inmaculada. Como afirma Camus, si hoy la libertad se ve en retroceso en la mayor parte del mundo es porque jamás han estado mejor armadas ni han sido más cínicas las iniciativas de esclavización. El gran acontecimiento del siglo XX fue el abandono de la libertad por los que querían el progreso material, desapareciendo desde entonces una esperanza más en el mundo. La libertad burguesa no era toda la libertad, o no lo era cabalmente; pero de la justa desconfianza por sus precariedades se llegó a desconfiar de la libertad misma, o se la difirió para siglos futuros. Ya sabemos a dónde condujo ese renunciamiento, y es hora de que admitamos que la libertad total no es algo que un día recibiremos de golpe y en su máximo esplendor, sino que debe lograrse día a día, en una lucha incesante contra los que quieren arrebatar hasta sus migajas. Porque con esas pequeñas, modestas y hasta risibles libertades podremos proseguir el camino y perfeccionar nuestras sociedades. Hasta alcanzar una sociedad que a



la vez nos ofrezca libertad y justicia social.

—Ernesto, ¿cuáles son, a tu juicio, los rasgos esenciales de una sociedad totalitaria?

—La prohibición del disenso, la instauración del Partido Único, la abolición de la justicia independiente y de la prensa libre, el reemplazo del Parlamento por un circo como el que periódicamente se reúne en los países comunistas, son los rasgos esenciales de la sociedad totalitaria y los recursos mediante los cuales el hombre es reducido a la condición de engranaje. Así se implanta la paz de los cementerios. Inglaterra, Los Estados Unidos, después, finalmente, Francia, se establecieron sobre los principios enunciados por pensadores que habían recogido toda la experiencia de la historia, la buena y la mala, para evitar que el hombre pudiera ser el lobo del hombre, al menos en la medida de lo posible. Y sobre estos mismos cimientos nuestros fundadores levantaron la incipiente patria en estas provincias del Sur. Con la inevitable corrupción que los ideales sufren cuando descienden del cielo platónico para ser puestos en práctica, hay que reconocer que el gran principio del disenso se ha prolongado hasta nuestros días, como para permitir que el jefe del Estado más poderoso de la Tierra haya podido ser acusado por un modesto y casi desconocido juez, y finalmente obligado a renunciar.

La democracia

—Esa libertad y ese disenso a los cuales te refieres ¿pueden únicamente funcionar en un régimen como la democracia?

—A veces los ideales se degradan en su ejercicio; la maldad y el egoísmo, la vanidad y el hambre de riqueza y la sed de poder ensucian y bastardean esos ideales. No ignoramos que la famosa Democracia baja a la democracia con minúscula y, por fin, a la que debe ser escrita entre comillas. Pero los regímenes absolutistas también están constituidos por hombres y, en consecuencia, están igualmente sujetos a la corrupción; con la diferencia de que en ellos no hay forma de denunciarla y mucho menos de castigarla. Precisamente la democracia parte de la idea de que el hombre es el lobo del hombre y, para colmo, un lobo corrompible. Y sus principios están de tal manera ideados a través de milenios de maldades que tratan de evitar las peores atrocidades que se cometen cuando el engaño reemplaza a la verdad y la cárcel a la protesta. Esos famosos “tres poderes” y esa libertad de información son los instrumentos mejor concebidos para lograr que la más perversa de las criaturas vivientes haga el menor de los daños posibles. En suma: la democracia es precaria y a menudo despreciable, pero hasta hoy no hemos encontrado nada mejor para alcanzar las futuras comunidades a las que aspiramos.

—¿Cómo ves esas futuras comunidades?

—Tal vez sea Emmanuel Mounier quien mejor

ha respondido a nuestras preocupaciones, desarrollando y sintetizando ideas de los grandes pensadores sociales. El personalismo fue una respuesta a la presión totalitaria, una defensa del individuo contra la opresión de los aparatos. Para no correr el riesgo de alentar falsas interpretaciones favorables al viejo liberalismo, asoció a la palabra “persona”, dialécticamente, la palabra “comunidad”. Cuando después de la Segunda Guerra Mundial los antiguos conceptos de esa doctrina se derrumbaron en pedazos, se invocaron dos explicaciones: para los marxistas, no era sino una crisis económica, y bastaba operar la economía para curar el mal; para los moralistas, en cambio, era una crisis del hombre y sus valores, y por lo tanto, sólo se curaría la sociedad si se estaba en condiciones de cambiar al hombre. Para Mounier, unos y otros cometían el mismo error, típicamente moderno, consecuencia de un dudoso cartesianismo al separar el cuerpo del alma, la acción del pensamiento, el *homo faber* del *homo sapiens*. Cuando lo correcto era considerar la crisis, a la vez, como una crisis del hombre y de las estructuras sociales. Era así el mejor exorcismo contra el demonio de la pureza, esa pureza abstracta que presupone un bien sin un cuerpo que lo sustente: era la inserción concreta en un mundo de situaciones objetivas. Lo que significaba denunciar la “pureza” que pretendían mantener tantos hombres de calidad que se proclamaban apolíticos.

Ya los directores de conciencia como San Francisco de Sales, mucho antes que Marx y Freud, denunciaron esa clase de actitudes como una alienación y una astucia de la mala conciencia, que aseguraba la tranquilidad individual en el tumulto, con nobilísimos pretextos. El hombre no es un yo pensante y abstracto; está materializado en un cuerpo que pertenece a una familia, a una patria y una época que no ha elegido. Ese compromiso es nuestro equilibrio, neutraliza ese egocentrismo que incesantemente nos arrastra hacia Narciso. No somos “locos de libertad”, como afirmaban algunos surrealistas, pero tampoco estamos condenados a los trabajos forzados de una historia sin apelación. Y esta dualidad es la que nos hace responsables. Existencialismo y personalismo se congregan así en este nuevo hombre del siglo XX, este ser enajenado al que debemos devolver su destino. Si no somos destruidos por la hecatombe atómica, será necesario ir buscando la forma de rectificar rumbos dentro de la imperfecta democracia, será necesario ir buscando la síntesis de una realidad que los Tiempos Modernos escindieron en opuestos: la ciencia y el hombre, el individuo y la colectividad, lo objetivo y lo subjetivo. Debería realizarse en el orden social lo que la nueva filosofía logró en el pensamiento: la síntesis del hombre y el mundo.

Ni el individualismo ni el colectivismo son soluciones verdaderamente humanas pues el primero no ve la sociedad y el segundo no ve al hombre; ambas son abstracciones, y abstracciones esencial-

mente perniciosas para el ser humano. Pues el reino de este ser no es el estrecho y angustioso territorio de su yo, ni el abstracto dominio de la colectividad, sino esa región intermedia en que acontecen el amor y el arte, la camaradería y el diálogo, la comprensión y el trabajo en común. Es el gran pecado de Occidente haberse alejado de esa verdad primordial, sin cuyo conocimiento será imposible establecer las futuras comunidades. Las comunidades auténticas, no esas maquinarias sociales a las que nos hemos tristemente acostumbrado.

—Podemos recordar aquí una frase de Bergson que decía que “este cuerpo de la humanidad desmesuradamente agrandado por las técnicas espera un suplemento de alma”.

Ernesto, quisiera que me dijeras ¿qué diferencia ves entre individuos y personas?

—Quizá haya sido desafortunado que aquel individuo con que Cicerón tradujo el átomo de los naturalistas griegos excediese el dominio de la física hasta alcanzar el de los hombres; pues si ya para un simple organismo vivo ese postulado es erróneo, para una comunidad de seres humanos es ca-

tastróficamente falso. Así ciertos filósofos del viejo liberalismo consideraron a la sociedad como una yuxtaposición de individuos, no como una estructura superior a sus partes. Y es probable que esa doctrina, basada en un yo independiente —y en su egoísmo innato— haya sido el correlato de la ferocidad libre-empresarial que aquellos mercaderes de la Revolución Industrial lanzaron sobre las desvalidas aldeas del Africa y la Polinesia, para inyectar sus trapos y cachivaches al precio de la destrucción de arcaicas culturas. A esa mentalidad se acomodaba muy bien el amargo aforismo de Hobbes, que veía en el egoísmo el fundamento de toda convivencia. Lo que es ominosamente cierto, pero no totalmente cierto, al menos cuando el individuo accede a la suprema categoría de persona. No lo somos de modo espontáneo, ni nacemos con esa dignidad, pues la persona se construye luchando contra las potencias malignas de nuestro ser. El heresiarca Fedor Dostoievsky afirmaba que Dios y el demonio se disputan el alma del hombre, y que el campo de batalla es el propio corazón de esta criatura trágicamente dual. Y en esa lucha no siempre triunfa el demonio, pues si el hombre es capaz de las peores atrocidades, también es capaz de alcanzar las cumbres del altruismo, como en un Albert Schweitzer y en un Padre Damián. Y también habría que advertirle a Hobbes que: “il est dangereux de trop faire voir à l'homme combien il est égal aux bêtes, sans lui montrer sa grandeur”: hermoso aforismo pascaliano en que lo único equivocado es atribuir a los nobles leones y elefantes las perversidades de que sólo es capaz este extraño animal que a la vez puede instaurar los campos de Dachau y propagar los Evangelios. Esta dualidad inherente a la condición misma del ser humano obliga a ponerle trabas societarias que limiten su propensión al mal, desde los mandamientos de las religiones superiores hasta las leyes de las sociedades sabiamente organizadas. La experiencia milenaria prueba que una ley aceptada por la comunidad y una justicia para aplicarla —independiente de los que detentan el poder físico— es lo único que puede asegurar una existencia digna. El concepto de “bien común”, defendido por los más lúcidos pensadores, es la piedra angular de cualquier sociedad que se proponga evitar tanto el egoísmo individual como los males del Superestado, pues el bien común no es la simple sumatoria de los egoísmos individuales, ni ese célebre “bien del Estado” que los totalitarios colocan por encima de la persona. Y ante el cual sólo cabe ponerse a temblar: es el supremo bien de una comunidad de seres a la vez libres y solidarios. Asegurar este equilibrio es muy arduo, pero no es imposible, como tantas veces lo ha mostrado la historia, desde aquellas antiguas comunidades que la arrogancia europea de nuestros tiempos modernos llamó “primitivas”, hasta algunas democracias que no han necesitado recurrir al terrorismo estatal para evitar ser derribadas por el terrorismo inverso.

